

BOTE EL MAMBI Y SU CAPITAN GERVASIO SABIO «EL MENSAJE A
GARCÍA»
DESEMBARCO DEL TENIENTE ROWAN

Al sur de nuestra provincia oriental, entre el Pico Turquino y Cabo Cruz, se halla enclavada esta graciosa Ensenada de Mora, cuyo nombre obedece al apellido Mora, antiguos residentes del lugar desde la guerra del 68. Limita al Este por Cayo Blanco; al Oeste, con Punta de Hicacos; al Sur se halla defendida del turbulento mar por un cordón de bajos y rompientes que hacen mansas sus aguas como un lago. Una gran profusión de cayos la hermean, formando bellísimos canales. Al Este se abre un profundo canal que da paso a las embarcaciones de gran calado hasta un muelle de mucho fondo. A orillas de su playa se levanta el Central Cape Cruz y a sus espaldas corre el gran espinazo de la Sierra Maestra, que forma un arco o semicírculo, desde la boca de Las Puercas hasta Punta de Piedra, con una extensión superficial de unos 40 kilómetros cuadrados de llanuras, aproximadamente unas 300 caballerías, de buenas tierras. Insuficiente el llano para las avaras maquinarias del Central, se han extendido los cañaverales, colmas tras colinas, hacia el Norte, conquistando la otra costa, pasando la Maestra.

Este central azucarero se instaló por la *Cape Cruz Company*, con una producción de unos 100 mil sacos por zafra, haciendo la primera en 1903. Este ingenio pasó a mano de una Compañía Cubana en 1943 y en 1945 quedó como dueño absoluto, uno de sus socios. Cada año ha ido aumentando la capacidad de molienda; y a la fecha puede moler más de 150 mil sacos, y de poder extender sus cañas molerá aproximadamente 200 mil.

Hay como 200 pequeños colonos, que reciben ayuda de la compañía. La Asociación de Colonos lleva una buena armonía con el Central y tanto los obreros agrícolas como los azucareros, siguen la misma norma. Tenemos pues, lo más envidiable para un pueblo; prosperidad y tranquilidad.

No podemos hablar de Ensenada de Mora y del Central Cape Cruz, sin recordar con verdadera devoción y cariño a un caballero canadiense. Teniente Voluntario de los Rough Riders de T. Roosevelt, que peleó en la toma de Santiago, siendo oficial de enlace del Estado Mayor Americano. Quiso tanto a nuestra hermosa tierra cubana, que aquí quedó hasta el momento de su muerte en 1950. Me estoy refiriendo a Mr. George R. Buchanan, quien caso con una ilustre sandaguera, amó nuestra tierra, trabajó en ella y siendo Administrador por muchos años de este Central, realizó la ciclópea obra de una carretera a través de la Sierra Maestra, rompiendo montañas cuando no existían los tractores; personalmente dirigió la obra; logró pasar la cordillera en automóvil, para comunicar este barrio de Pílon con el resto de Cuba. En la ruda cantera de los paredones del camino, inscribieron los Hermanos Masones de nuestra Logia Madre de Manzanillo, en rudo bronce, estos pensamientos en honor de este inquebrantable carácter:

Inscripción de la tarja de la Respetable Logia Manzanillo.

¡VIAJEROS!
RECORDAD QUE A LA TESONERA LABOR DEL
ALTRUISTA HERMANO GEORGE R. BUCHANAN
DEBE ESTA REGIÓN LA VALIOSA RUTA QUE
AHORA TRANSITAIS. LOGIA MANZANILLO.

Inscripción de la tarja de Mariano Bofill García:

«CAMINOS Y MURALLAS. ESTA FUE LA DIVISA
QUE ROMA IMPUSO AL MUNDO: ASÍ LO DOMINÓ
AL DEVENIR DE LOS SIGLOS, EL GUERRERO SE
ECLIPSA; LAS MURALLAS CAYERON, EL CAMINO
QUEDÓ».

Rendirle honor y recordar al querido ausente, es honrarnos nosotros mismos.

Mañana y tarde hay viajes regulares vía aérea Niquero-Manzanillo. Se ha construido un hermoso parque, que lleva el nombre del Benefactor Regional Mr. Buchanan; una iglesia católica y un cine. Dos sociedades culturales, dos aulas de instrucción urbana y dos rurales, en una población, de todo este barrio de Pilon, que cuenta con unos 20,000 habitantes, pues se extiende colindando con Turquino, con El Cobre, y Manzanillo y por el resto con Campechuela y barrios limítrofes de su término, Niquero.

Todos los pueblos tienen hombres que son verdaderas instituciones. Ensenada de Mora tiene también su hombre institución. Todo el que llega a este apartado paraje, rico o pobre, de inmediato se le envía al hombre que todo lo sabe, hombre institución: que es Juan Vázquez Orozco. Cuando por muchos años fue Alcalde del Pueblo, el pobre nunca careció de médico y medicinas. Él daba su sueldo y gajes políticos a beneficio de la infelicidad. Cuando Juan Vázquez sale a las colonias, las pandillas de muchachos le gritan: papá, papá!... y él responde con un puñado de medios. Además sabe de todo y nadie conoce la región como él. Fue muy querido de aquel hombre de ciencia de renombre mundial: Don Carlos de la Torre. Lo es también del Hermano León, de Sarabia y, en fin, de todos los naturalistas propios y extranjeros que visitan la región. Don Carlos quería y admiraba a Juan por su laboriosidad y bondad y le tenía como un malacólogo ilustrado. Está en relación con hombres de ciencias de las Universidades americanas. Podía ser un hombre rico, pero se vanagloria de su pobreza «porque él no puede ver miseria sin remediarla». La naturaleza ha respondido a este hombre conservándole los años mozos de la pasada centuria. Él fue gran amigo de Gervasio Sabio en 1905.

ENSENADA DE MORA EN 1895

Si observamos nuestra posición geográfica comprendemos: que una embarcación dirigida el Sur franco, a las pocas horas se hallará al Norte de Jamaica. La gran cantidad de cayos y pequeñas rías de Ensenada de Mora, la inmensidad de tierras sin cultivos ni habitantes, limitadas por el mar y la Sierra hacían esta Ensenada ideal para contrabandear en la guerra con la próxima isla de Jamaica. A ello se dedicó, el primero en

el 95, el Capitán Cerviño, muy conocedor de estas costas, que tenía fama de valiente y hábil marino. Hizo las primeras expediciones llevando correspondencia del Cuartel General de El Chino, de los Generales Don Bartolomé Masó y Salvador Hernández Ríos y, enviados especiales al Comité de Jamaica o New York. El Capitán Cerviño era un mulato claro, alto, delgado, famoso tirador de revólver y que fue víctima a principios del 96 de la guerrilla del célebre O’Ryan de Niquero, que le hizo prisionero cuando reparaba el bote en la playa El Rincón, aledaña a esta Ensenada y ejecutado allí mismo. El bote que usaba era de los llamados buceta. En sus viajes a Jamaica le acompañaba el marinero Leonardo Ojeda, el «cojo Ojeda», su nombre de guerra; procedía de Los Cocos de Sevilla, cerca de Aserradero. Poco tiempo después se reorganizó este servicio con un nuevo bote, traído de Jamaica y con otro patrón, el célebre Gervasio Sabio, con el que sirvieron de marineros, indistintamente: Gregorio Carnet, Goyito, y Pedro Naranjo El Venezolano. A este bote, como el anterior, se le puso por nombre «El Mambí».

Los datos que tenemos acerca del patrón Gervasio, son los siguientes: Sin lugar a dudas era lo que se llama: un hombre de mar y de valor a toda prueba; español, gallego, enamorado de la independencia de Cuba, de tez muy blanca y rubicunda, ojos verdes entornados, de mirar fijo y penetrante, verdadero tipo de los lobos de mar. Como defecto físico le faltaba el dedo índice izquierdo. Era bien conocido en Jamaica y querido por los cubanos; mal visto por los españoles, marineros y espías. Los marinos de los cañoneros españoles que a veces estaban en Jamaica, sentían gran interés por conocerlo, pues sabían la historia de sus frecuentes viajes a Cuba. Cuando se despedían de Gervasio, socarronamente le decían: «Cuando te cojamos en el mar, ya sabes te pondremos de gallardete en el mayor y... será pronto». «Si pueden»... era la respuesta invariable de Gervasio.

El bote de Sabio salía generalmente de cualquier puerto del Norte de Jamaica o por su misma Capital, Kingston, por la tarde, y regularmente llegaba a la Ensenada de Mora al amanecer del siguiente día aprovechando el viento reinante que es el Sur; el barquito que era un buen velero, hacía sus singladuras a tiempo, usando además los remos. Generalmente una vez al mes se hacía la excursión o antes, si causas urgentes intervenían. Este pequeño velero, El Mambí, tenía capacidad hasta para 200 rifles o Winchesters y algunas cajas de municiones. Era frecuente traer medicinas, ropa, laterías, zapatos y las armas y municiones que le tuvieran preparados los grupos revolucionarios de Jamaica.

Dicen algunos de los hombres de aquella época, que Gervasio asaba dos palomas mensajeras: soltaba una avisando su llegada y la otra a su Salida. Los desembarcos de «El Mambí» se hicieron siempre o bien en la pura Ensenada de Mora o un poco más hacia Cabo Cruz, en la desembocadura de los ríos Las Puercas o Toro, que limitan la Ensenada, que podíamos llamar terrestre, que forman el arco de la Maestra y el mar. Quien conociera esta costa durante la guerra de independencia, comprenderá que era éste, y no otro, el punto más estratégico para el contrabando de guerra desde Santiago de Cuba a Cabo Cruz. A más de la Ensenada, sus costas limítrofes carecen de acantilado, y la Maestra se halla retirada algunos kilómetros de la costa, comprendiendo una extensión de llanura como de 300 caballerías de la Maestra al mar, y del río Las Puercas a Caletón. Además de ser la parte costera más accesible y resguardada de Santiago a Cabo Cruz, tenía lo más importante: que era el único lugar en que existían fuerzas cubanas destacadas en campamentos. La primera y segunda compañía de Vicana, pertenecientes al Escuadrón de Guá, con su Cuartel General en El Chino y Cuartel de estas Compañías en Piloncito a dos kilómetros de la costa. En total existían vigilando este territorio 200 hombres nominales, de las dos compañías con un activo generalmente de 150 a 160 hombres (en este departamento se cuidaban los caballos en descanso de la caballería de Guá). Estaban comandados por el Comandante Toscano y los Capitanes Ismael Martiliano y Tiburcio Peña, los cuales mantenían vigilancia con parejas y patrullas hasta El Macho y Cabo Cruz.

Por lo expuesto puede comprenderse la garantía que tenía Gervasio Sabio al arribar a estos parajes, donde era esperado por gente armada. Sólo tenía que temer al cañonero de dos chimeneas, El Ponzón, que hacía ruta de Santiago a El Macho y al cañonero La Gaviota, que lo hacía de Niquero a Cabo Cruz; El Macho en sentido contrario, para confronta. Varias veces el cañonero La Gaviota traía de Niquero la guerrilla del Capitán O'Ryan, célebre por sus audaces golpes de mano, tanto por tierra como por mar. Seguro Gervasio Sabio, que de ser apresado no tenía salvación posible, llevaba en «El Mambí» 20 libras de dinamita, para volar con su bote antes de ser prisionero. Uno de sus frecuentes acompañantes, El Venezolano, terminada la guerra, no se ha sabido más de su paradero. Si sabemos, que en uno de sus viajes a esta costa, siguió hasta el campamento de El Chino y se unió como voluntario a las tropas cubanas del Coronel Ríos, que iba a atacar a unas fuerzas españolas de Manzanillo, que cortaba guano para unos hospitales de

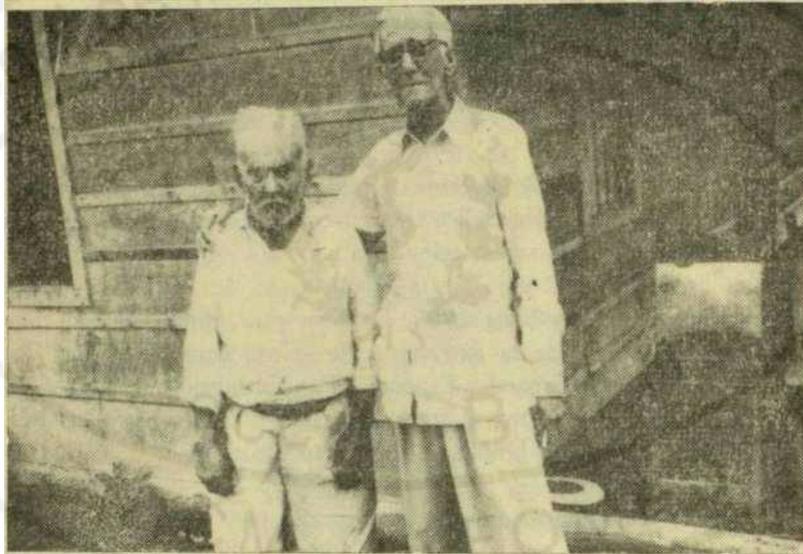
sangre, en el Guanal de Calicito, frente a la Demajagua. En esa batalla de El Guanal, una de las más importantes en nuestra jurisdicción, este extranjero visitante, en el momento del ataque parsimoniosamente se sentó en el suelo y con mucha calma disparaba al blanco que le señalaron sus compañeros, no fallando un tiro. En esta acción de guerra donde los Jinetes de Gua se comportaron en igual forma que ante Maceo en la acción de Peralejo, rompieron más de una vez los cuadros españoles, ello fue un asombro para el extranjero tirador, que comentaba como estos hombres, sólo con sus machetes, se abalanzaban tan valientemente sobre las murallas de las bayonetas, y sin embargo, se reía de los mismos al recordar el escándalo que formaban en el ataque, gritando tanto, que solo 200 hombres parecían diez mil. Pero que ahora sí estaba seguro que los cubanos ganarían la gueira, porque eran muy valientes.

GERVASIO SABIO DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN

Su último viaje lo hizo de Jamaica a Santiago de Cuba, con la ocupación americana. En la República ingresó en la Marina de Guerra con el grado de Capitán; una vez terminada la guerra, y separado del cuerpo en Noviembre 3 de 1902 vino a esta Ensenada de Mora a trabajar en el Ingenio como mecánico hasta 1908. Dejó su puesto del Central para emprender el negocio de la extracción de cobre, como buzo, en los barcos hundidos de la Escuadra Española. Por fin murió en el Hospital General de Santiago de Cuba, después de 1910. En honor de Gervasio, una calle de la ciudad de Matanzas lleva su nombre.

El otro marino cubano compañero de Sabio fue el Sr. Gregorio Carnet, conocido popularmente por Goyito; aún vive, y en la actualidad cuenta con 86 años de edad, conservando sus facultades mentales, con la natural amnesia, pero lucidez en los hechos importantes del pasado. Es natural del Término de Niquero. Lo conozco hace 40 años y de ese conocimiento puedo testimoniar sus hechos de guerra, por haber sido relatados mas de una vez ante testigos presenciales. Él fue el compañero de Gervasio y el Venezolano en el bote «El Mambí» cuando vino el Teniente Rowan con «El Mensaje a García», de la vecina Jamaica. Saliendo de Saint Annis Bay a fines del mes de abril de 1898. Salieron por la tarde y llegaron al amanecer del siguiente día a Ensenada de Mora. Hecho el desalijo del bote, partieron los expedicionarios para el Cuartel de Piloncito llegando a horas de almuerzo.

En honor a este viejecito heroico, compañero de Gervasio, rindió merecido homenaje la Sociedad Círculo Niquero el 24 de febrero de 1948. Ese día le impusieron una medalla en honor al mérito, fundida en oro 18 kilates con esta alegoría: al anverso a relieve, un bote de vela con el nombre Correo Mambí y al reverso: «Homenaje del Círculo Niquero a Goyito Carnet, superviviente del Correo Mambí, Guerra del 1895. Febrero 24 de 1948.» Esta es la medalla que orgullosamente trae prendida a su pecho. Le pregunto, ¿por qué no usa la de los veteranos?, y contesta rápido: «porque esta es mas linda y no se pone negra!»... ¡Claro, como que es de plomo la que usan los héroes del 95!... Ya falta



El Dr. Sánchez Silveira con Goyito Carnet, superviviente del Correo Mambí, en la Guerra de Independencia.

poco, pronto no veremos a estos ingenuos viejecitos, que llevan orgullosamente sus medallas de plomo, en sus raídas vestimentas, y... ¡cómo las cuidan! ¡que pena que sean tan feas esas medallas!... Aquí vemos muchos negros jamaquinos que estuvieron en la Gran Guerra y los ingleses les han condecorado con medallas de oro macizo!... Bueno, Inglaterra es una grande y rica Isla, nosotros somos una pequeña y pobre!... No importa, no es el Pueblo de Cuba el que dá las miserables medallas;

el pueblo cubano está orgulloso de sus veteranos, siente y padece con esta Patria que ellos fundaron y nos legaron, escribiendo con sangre unas de las historias mas hermosas de un pueblo por ser libre. No valen medallas, valen las páginas heroicas del 68 y del 95. Con medallas de oro o de plomo, estos viejos veteranos, la mayoría indigentes, fueron los héroes de la manigua, que nos hicieron libres con raudales de su sangre!...

Volvamos a Goyito; cuando yo lo conocí, era un hombre joven, de genio vivo y locuaz, bromista, bueno y muy querido por sus amigos, por estar presto a todo servicio; en fin, un hombre contento de vivir. El teniente Rowan sintió pronto predilección por este alegre compañero, que le resolvía los mil pequeños problemas de un extranjero en la manigua cubana; era su paño de lágrimas. En recompensa a su obsequiosidad y simpatía, Rowan escribió lo siguiente en una tarjeta que le entregó: «El portador, Gregorio Carnet, cubano, ha prestado un gran servicio al ejército americano, por tanto, todo súbdito de nuestro país está en el deber de protegerlo (Firmado) Teniente Rowan, del Estado Mayor del Ejército Americano». Cuenta Goyito muy chistoso, que poco le duró el obsequio, pues en la primera carrera que le dió la guerrilla del célebre O’Ryan, se le perdió el jolongo y con él, la buena intención del amigo americano.

EL TENIENTE ANDREW S. ROWAN Y SU «MENSAJE A GARCÍA»

Este teniente del Estado Mayor del Ejército Americano, fue el recomendado al Presidente Mac Kinley, por dicho Estado Mayor, para que fuera el portador de un mensaje del Presidente, para el Jefe de Operaciones del Departamento Oriental de Cuba en armas, Mayor General Calixto García íñiguez. Dicho enviado se trasladó a la Isla inglesa de Jamaica, para de allí preparar su salto a los campos de la Revolución de Cuba en su provincia oriental. Llegado a la isla de Jamaica, se puso en relación con el Comité Revolucionario en dicha isla, el que hizo comprender a Rowan que la mejor ruta para llegar con el menor riesgo y seguridad a Cuba, era por mediación del bote «El Mambí», cuyo patrón Gervasio Sabio, hacía frecuentes viajes al sur de la provincia oriental, y llevaba la correspondencia de la Revolución y pertrechos de guerra, estando en contacto directo a su llegada con tropas cubanas que le esperaban en lugar seguro. Por tal motivo determinó seguir la ruta reco-



Sánchez Silveira en la Ensenada de Mora, lugar del desembarco del teniente Andrés S. Rowan, célebre por su «Mensaje a García».

mendada y estipuló su viaje con dicho patrón. Salieron una tarde del puerto jamaquino, de Saint Annis Bay, con sus ayudantes Goyito Carnet y El Venezolano, a fines del mes de abril de 1898 y, a la madrugada siguiente llegaban a la costa oriental frente a la Ensenada de Mora, donde siempre era esperado por fuerzas cubanas para el desalojo del bote y para la seguridad de su desembarco como ya hemos expresado anteriormente, hablando de Goyito Carnet.

Dió la casualidad que ese día se hallaba en esta zona un teniente de la fuerza del Cuartel General de El Chino, el Sr. Eugenio Fernández Barrot, oficial abanderado del Estado Mayor de la Segunda División, el que había venido con la comisión de llevar caballos de la caballeriza de Guá, que pastaban en esta Capitanía de Piloncito. Al llegar a este campamento se halló con el americano y como hablaba inglés, se enteró del objeto de su viaje y la urgencia de llevarlo ante el General Ríos, para que lo pusiera en comunicación con el Mayor General Calixto García Jefe del Departamento Oriental.

Este Teniente Abanderado, Eugenio Fernández, aún vive, radica en La Habana, en el Reparto Santos Suárez, calle Estrada Palma No. 511. En aquella época tan lejana que estamos relatando, era un hombre que no había cumplido sus veinte años y de ilustre prosapia mambisa. Su padre Don Juan Fernández fue uno de los principales conspiradores con Don Bartolomé Masó, en la jurisdicción de Manzanillo y su costa. Como su hijo mayor, Urbano, estaba comprometido para lanzarse a la revolución, quiso prevenir o guardar a su menor hijo Eugenio y lo envió a estudiar a los Estados Unidos en el 92 ó el 93. El pobre Urbano, uno de los jóvenes más simpáticos y queridos de la sociedad manzanillera, cumplió la palabra empeñada el mismo día 24 de Febrero y junto con Diego Gassó Bombí, que alcanzó el grado de Coronel y Narciso Fonseca, Comandante, se unieron al célebre Amador Guerra en Calicito, para formar la caballería de Guá y caer, desdichada, pero heroicamente, frente al enemigo en un desigual combate, en la sabana de Guá. Fue recogido en el campo de batalla por sus queridos compañeros. Apenas el hermano Eugenio recibe la triste noticia en los Estados Unidos, tomó el primer vapor que lo trajera a Manzanillo y no tardó en abrazar al desolado padre y presentarse en el campo mambí, reclamando al General Ríos el puesto de honor de su hermano, en las filas de la honrosa caballería, donde alcanzó como Urbano el grado de Teniente Abanderado del Estado Mayor. ¡Así sabía cumplir con su deber y con la patria, aquella juventud del 95!... Este veterano ha trabajado mucho en la paz.

pero nunca ha desempeñado puesto público; ni ha hecho política, lo que hubiera sido despectivo, pues nadie con mejor derecho, pero es bueno consignarlo.

Como se ha escrito tanto sobre este tema del «Mensaje a García» y sobre el mensajero Teniente Rowan, pero nunca con pruebas fehacientes y sí de manera generalizada, yo voy a transcribir párrafos de una carta, fechada el 23 de mayo de este año, dirigida a mí, por el querido amigo Eugenio Fernández, en que detalla extensa y claramente su intervención en el hecho que queremos dilucidar, contestando a preguntas mías:

«Sí, conocí al Segundo Teniente Dionisio López de la Caballería de Guá. No es cierto que Sabio, al entrar en contacto conmigo, fuese llevado (inmediatamente) al campamento de El Chino, Cuartel General de la Segunda División. Y sí es cierto que fuimos a Jíbaro, al rancho del Teniente Coronel Rafael Castillo y Cañizares, donde éste se encontraba, y a él fue entregada la correspondencia que de Jamaica, New York, etc., portaba Sabio y allí (en Jíbaro) le fue presentado el Teniente Rowan al Jefe de Estado Mayor de nuestra Segunda División, el repetido Teniente Coronel Rafael Castillo y Cañizares. Este último, seguidamente ordenó la salida del Jíbaro para El Chino, donde se llegó a media noche, y se entrevistaron en el acto, el Gral. Salvador Hernández Ríos y su Jefe de Estado Mayor, Castillo Cañizares. Fue entonces que se me comisionó, como Ayudante del Estado Mayor que era, pero el más joven de todos, para conducir y presentar ante el General Calixto García íguez al Tte. J.S. Rowan de los EE.UU. de A., donde quiera que aquel se encontrase. Al comisionármese para este importante y delicado servicio, estimo hoy que, no obstante mi juventud, se tomó muy en cuenta el hecho que yo era el único oficial del Estado Mayor que podía entenderme con el oficial norteamericano. En principio se dispuso que un Escuadrón de caballería nos escoltase. Yo indiqué mi preferencia a desempeñar la comisión con mi ordenanza y 4 ó 6 hombres más. Se discutió sobre este extremo; mi argumento fue: «que teníamos que recorrer muchísimas leguas para llegar al lugar donde pudiera encontrarse con sus fuerzas el General Calixto García; que en ese largo recorrido, era casi seguro que tropezáramos con fuerzas enemigas, que estaban ya evacuando los pueblos y caseríos, marchando sobre los puertos de mar, tales como Santiago y Manzanillo; que si tal sucedía, en cualquier parte de nuestro recorrido, siguiendo nuestra inveterada costumbre, pelearíamos con el enemigo si tropezábamos con él, y esto podía arriesgar la vida del

hombre que se me confiaba proteger, «por sentir que éramos fuertes para hacerlo». También respaldé mi idea con este argumento: «no teníamos comida y cualquier cosa que pudiéramos obtener por el camino, no alcanzaría ni para los pocos que yo proponía llevar conmigo, nunca para un escuadrón como se me ordenaba». El General Ríos sentado a distancia en su hamaca, llamó a Castillo y le dijo: «Bueno, está bien, deje que el muchacho se las arregle como él piensa, pero que salgan por la madrugada temprano».

Castillo me llamo hacia ellos y me dijo: «Ya sabe, dice el General que lo prepare todo como piensa, pero hay que salir tempranito y, tenga mucho cuidado». Le pedí permiso para escoger mis compañeros, y me lo dió en el acto. Me fui al sitio donde estaba acampada la escolta del General y llamé al Alf. Dionisio López y al Sgto. Donatilo Figueroa, que merecían confianza por sus condiciones de valor y experiencia bien conocidas y por lo muy prácticos que eran de los parajes que debíamos recorrer. Les expliqué las órdenes que tenía y el permiso de escoger mis compañeros. Después de hablar con el Capitán de la Escolta del General pedí a Dionisio que escogiera 2 ó 3 hombres más de absoluta confianza y que fueran prácticos de las zonas a recorrer y se prepararan todos para salir por la madrugada y tempranito, salimos a camino con nuestro inglés, como llamaban a todo rubio extranjero en aquellos tiempos. De que Sabio y Goyito vinieran con nosotros, no es cierto, ignoro completamente que para nada tuviesen ellos que rebasar del Campamento de El Chino, que era el lugar donde Gervasio rendía sus viajes y entregaba y recibía la correspondencia. Yo no fui comisionado como intérprete para llevar a Rowan ante García; a nadie en mi pequeña escolta, durante el viaje tenía que interpretar nada, pues yo era el que iba al mando de ella y el que disponía lo que debía o no hacer en cualquier momento dado. Desde luego, yo, en lo que procedía, me mantenía en estrecho contacto con mi amigo y cooficial utilizando su habilidad como práctico (guía); pero respecto a decisiones, era yo quien las tomaba. Así sucedió en las dos ocasiones más importantes de nuestras largas jornadas. Primera: cuando las fuerzas del Gral. Rabí, sobre el camino de Bueycito (a nuestro flanco izquierdo) se batían con fuerzas enemigas que evacuaron Bayamo y marchaban a concentrarse en Manzanillo, recogiendo a su paso, las guarniciones de Bueycito, Veguitas, Barrancas, Yara, Jibacoa, Blanquizal, etc. Y segunda, cuando observamos el afluir, por trillos, veredas y caminos reales una gran cantidad

de gente nuestra, en dirección a Bayamo: hombres (armados o no), mujeres descalzas y harapientas con su prole. Al preguntarle de ese movimiento inusitado en aquellos tiempos, contestaban que marchaban a Bayamo, para conseguir algo de comida, vestidos y zapatos. En este caso, que consideré insólito, hice alto y ordene a mi asistente Alfredo, que se adelantara y dijera al Alférez López, que dejara su pareja y retrocediera él a conferenciar conmigo. Luando vino, le pregunte qué opinaba de lo que decía toda aquella caravana. Me contesto que bien podía ser que el fuego de fusilería que habíamos oído por la mañana en dirección a Bueycito, fuera con las tropas que decían habían evacuado Bayamo y que García enterado del hecho, hubiera entrado en esa ciudad. Encantado con tal posibilidad, dispuse que los otros compañeros, acompañando a Rowan, se ocultaran en el monte y permanecieran allí hasta nueva orden. Con Alfredo mi ordenanza, y Dionisio nos reunimos a la pareja dejada. Dispuse, que el Sargento Donatilo Figueredo y mi compañero fiel (Alfredo), marcharan a regular distancia de Dionisio y yo a unos 300 metros. En este orden y con vista y oído alerta, cabalgamos alguna distancia, hasta que López, de repente, me dijo: «Eugenio, ya estamos en los potreros “El Almirante”, Bayamo está ahora cerca. Aquí existió un ingénito nombrado El Almirante y muy cerca tenemos el río Bayamo, y al otro lado la ciudad». Le dije: «Esperemos que nos alcance la pareja de retaguardia. Cuando esta llegó, mandé a Donatilo buscar al resto de nuestro grupo, con Rowan, y que Alfredo quedara en el sitio en espera de ellos. Mientras tanto, Dionisio y yo, seguimos por los potreros, en busca del río, para tratar de divisar la ciudad ya tan cerca. En medio de los yerbazales de guinea, oímos el grito estentóreo de: «Alto, ¿quién va?... dado en la dirección de marcha. Era el alto peculiar del centinela mambí y comprendimos que tropezábamos con una guardia avanzada; pero no veíamos a nadie; nos detuvimos y contestamos: «Cuba». «Alto Cuba, pie a tierra y uno alante, pa ser reconocido», gritó el centinela. Dionisio adelantó lentamente hasta que oyó el firme. Se detuvo en seco, y entonces avanzaron hacia él 3 hombres (el sargento de la guardia y dos números). Reconocido que fué, avancé yo. Expliqué al Sargento que procedíamos de la Segunda División (Manzanillo) y que nos dirigíamos hacia donde estuviese el General García, cumpliendo órdenes.

«Está en Bayamo, nos dijo y señaló !a dirección. Dionisio montó en su caballo y fue a reunirse con Alfredo para esperar el resto de nuestro pequeño grupo. Cuando éste llegó, tiempo después, vinieron hacia la

avanzada que estaba bajo una frondosa guásima, en una de cuyas ramas estaba vigilante el centinela que nos había dado el “¡alto, quien va!”. Reunidos nuevamente cruzamos el río a regular distancia, y penetramos en la ciudad».

Nos cuenta Eugenio Fernández, que Rowan era un americano hermético, de flema inglesa, de esos hombres que les es difícil dibujar una sonrisa.

En todo camino fatigoso, más si lo forma un grupo de cubanos, no puede faltar la anécdota o la broma, como un solaz para el espíritu y más si les acompaña un individuo exótico, de porte extraño a la manigua mambisa. El asistente de nuestro oficial era un negrito sin instrucción; pero de genio vivo e inteligente y en la primavera de los 20 años. Preguntaba a su jefe: «Dígame Teniente: ¿qué dice el americano. A que viene?» «El americano no dice nada, es un oficial que cumple órdenes de sus superiores como hacemos nosotros y no puede hablar ni decir a lo que viene». Observando que efectivamente, el americano no hablaba, le pusieron de mote inmediato: «El perico mudo». A poco rato el asistente insistió: «Bueno teniente, usted debe saber a qué viene este americano. Usted parece que lo entiende; pero nosotros no entendemos ni jota!» Fernández contestaba festivo: «El Americano no habla; pero yo supongo, que al querer ver al General García, debe ser para acordar algo con él, relacionado con el ejército americano. Por ahí hay rumores, y en nuestro campamento se comentaba anoche, que los americanos quieren declararle la guerra a España y si es así, querrán ellos contar con los cubanos si vienen a pelear a Cuba». «Pues teniente, dígame que no vengan; nosotros solos nos ganamos a los españoles y si quieren ayudarnos, que nos manden armas y municiones y si acaso, algunas ropas y zapatos, pero que no vengan ellos». «Mira muchacho, contestó Fernández, el pueblo americano simpatiza con nuestra causa y como nosotros, desprecia a España y si viene el ejército americano, se termina enseguida la guerra». Pues ahí es donde está el peligro, dicen que “el pez grande se come al chico” y si les gusta Cuba van a querer quedarse con ella; que no vengan Teniente, porque si no vamos a tener que pelear contra ellos». Fernández dió por finiquitado el asunto y siguió conversando con el vankee. Al observar el asistente que no le contestaban categóricamente sus temores, se dejó de ruido y avanzando hacia Rowan hizo portavoz con sus manos y le espetó al oído: «Oiga americano, no traigan soldados a Cuba, porque si no vamos a tener que pelear contra ustedes. Nosotros solos ganamos la guerra!... Por supuesto, el ameri-

cano se asustó con el exabrupto, creyendo loco al negrito mambí, y pedía sorprendido explicaciones a Fernández el que reía a mandíbula batiente por la salida de su asistente y cuando explicó a Rowan la ingenuidad del soldado, que creía que hablándole al oído le entendería, fue la única vez que vieron reír al «perico mudo».

El hecho positivamente ingenuo, con el candor de la inocencia, fue también ingente de patriotismo, que sabía velar por el porvenir de su patria, que no quería favores de otra tierra por temor a recompensas. Este mambí ignoraba que el mundo era una Babel en que se hablan cientos de jergas o idiomas; ingenuo, sí, e inculto, pero de viva inteligencia y con la buena levadura que fermenta en nuestro pueblo, como pensaban en la integridad de su suelo, en la independencia que no fuera mediatizada. Incultos, sí, por el yugo español, pero orgullosos de la tierra natal y de nobleza innata. Por eso hubo tantos héroes anónimos en nuestras guerras independentistas. Fueron a la lucha armada con la noción exacta que cumplían un deber sagrado, por eso eran temerarios en el combate sintiendo arder en sus corazones la llama del ideal, inmolando sus vidas por una Cuba libre y soberana. Por eso fueron humanos con el enemigo vencido, no anidando el odio en sus pechos de valientes. Incultos sí, los hombres de nuestros campos, ignorantes del contenido de la universalidad del mundo; pero de índole bondadosa, inclinados al bien y a la justicia y con amor avasallador por la libertad. El más ignorante mambí no desconocía la justicia de su causa, peleaba por un ideal y a él sacrificaba: familia, intereses y todas las alegrías de la vida. No recibía paga ni se le atendía con lo más elemental para la guerra: armamentos y municiones había que conquistarlos, como a la libertad, en los campos de batalla. El orgullo más sobresaliente del soldado mambí, era el hacer ostensible que peleaba por obtener una patria libre, que sería su única recompensa y la herencia para la posteridad de los cubanos. No ignoraban que cerca a nuestras costas, los más próximos vecinos, eran los Estados Unidos, que por su poderío le llamaban: «El coloso del Norte!...»

En cuanto a la mayoría de jefes y oficiales, hombres con instrucción conocedores del pueblo y gobiernos americanos, sabían que sus gobernantes no simpatizaban con nuestra revolución y al pueblo le éramos en su mayor parte, absolutamente indiferentes. La gran Prensa Americana tampoco partió lanzas por nuestra justa causa, no hubo campaña proteccionista por un pueblo vecino que luchaba denodadamente por su liberación. Admiraban el coraje del pequeño pueblo en la desigual pendencia

guerrera, pero de manera indiferente, sin ninguna ayuda práctica. En cuanto a sus gobiernos, atendían las peticiones de España persiguiendo las pequeñas expediciones, en que cada bala representaba lágrimas de madres cubanas y miserias sin precedentes!...

¿Y los gobiernos hermanos del mismo tronco, de la misma sangre y del mismo continente indio?... Nada tampoco que fuera efectivo. Buenos deseos, simpatías amistosas, admiración por nuestro coraje en la pendencia, como buenos hermanos; pero nada práctico, ni expediciones, ni dineros, ni hombres, ni nada. Fuéramos injustos si no consignáramos que las repúblicas de Méjico, Centro y Sur América, acogieron con simpatía y prestaron protección a todos los emigrados cubanos de nuestra gran guerra del 68. Muchos ocuparon altos cargos en sus gobiernos y se les ayudó a la propaganda libre de nuestra revolución del 95, —lo que Cuba agradecida no olvida— como no olvida lo otro, la indiferencia de sus gobiernos en la contienda por consideraciones internacionales a la mala Madre España. Tanto la gran democracia Yankee como las hermanas repúblicas de la sangre y del idioma permitieron que por largos 13 años el heroico pueblo cubano viviera como salvaje en las florestas de nuestras campiñas, sin una mano amiga que acudiera en su socorro, para impedir que el enemigo, que también a ellos asoló y martirizó por centurias, siguiera exterminando a sus hermanos, los primeros descubiertos en este dilatado y más rico Continente. Las causas por la cual este gran pueblo de Norte América obtuvo su liberación lanzándose a una guerra, fue causa baladí comparada con los mil motivos antihumanos que dió España para la liberación de Cuba. La Soberbia o Noble Inglaterra dió motivos para la separación o independencia del pueblo americano, de índole comercial y económica, no de orden criminal.

El Gobierno de Estados Unidos sabía de las ignominias y crímenes, crueldades en masa del gobierno hispano en la Isla de Cuba, que diezmaba la población vecina, hijos también de América e hicieron oídos de Mercader, fueron sordos, tercamente sordos al clamor de un pueblo bueno, sano, laborioso, que ansiaba sólo la libertad para formar en la constelación de los pueblos libres de las Américas. No concebía la manigua cubana, cómo el poderoso vecino no abría sus colosales brazos de amigo para ayudar al pequeño pueblo oprimido por una Nación Europea, despótica y cruel. No perdonaba el más ignorante mambí los sinsabores y lágrimas del Maestro de la Patria —nuestro Martí— con las expediciones perseguidas y embargadas. Esas expediciones estaban amasadas con el sudor de los tabaqueros de Tampa y Cayo Hueso. Fracasos, en-

gaños, incomprensiones... todo el andamiaje construido por toda una vida, veía que se desgajaban en aquel crucial momento de la acción a él encomendada. Pero nada bastó para que se amilanara aquel pecho del Coloso Pensador Americano!

A su voz, a su orden, la revolución cundía pujante por todos los ámbitos de Cuba, y ante el florecimiento de su Obra, quiso inundarse en su luz, fundirse en ella, propiciar también su vida en un campo de batalla, como actor en la Revolución... y allí quedó... El campo de batalla de Dos Ríos fue regado por la preciosa sangre y rendido su espíritu de Maestro y Redentor al Más Allá!... En cualquier momento, antes del Centenario de su gloriosa caída, la República de Cuba levantará el Monumento de Dos Ríos y, en su altura cimera, un faro de radiante luz señalará el lugar del Sacrificio Glorioso por la Libertad de un pueblo!...

Eran fundados nuestros temores a la América del Norte. Tuvimos intervención armada por 4 años y un Apéndice Constitucional, con derecho a nueva intervención, que pesaba como un baldón en la conciencia ciudadana, menoscabando la integridad de pueblo libre y soberano, dándonos un complejo de inferioridad internacional. No nos sentíamos, ni en realidad éramos un pueblo libre e independiente. Pueblos hermanos, de coloniaje español, como las Filipinas y Puerto Rico, pasaron a manos americanas, como cosa que se vende, adquiriendo nuevo dueño que llegaba de lejanas costas, con jerga también distinta. El poder de la fuerza —el imperialismo del más fuerte— como en la Edad de Piedra, sentó sus reales. ¿Y de Borinquen?... ¡de lo que era con Cuba de un pájaro las dos alas! Pues... que el pájaro antillano perdió un ala en la contienda!

El cubano no puede olvidar que en nuestras revoluciones dominicanos y portorriqueños ocuparon en nuestro ejército mambí todos los grados, desde soldado a general y hasta el más alto grado de Generalísimo —el único— tan justa fue nuestra revolución independentista, lo ocupó un dominicano, nuestro gran Máximo Gómez, como honor a su grandeza y a sus merecimientos. Así lo reconocieron Antonio Maceo y Calixto García, máximos líderes cubanos en la contienda.

Cuba sangra aún por la mutilación de ese miembro alado; no, nosotros no olvidamos a la hermana querida que quedó atrapada en las mallas del destino. Libre y Soberana Cuba, pero... esclavizada y humillada aún la inolvidable compañera!...

El día no puede estar lejano, por grandes que sean los intereses americanos en la isla, éstos están suficientemente garantizados por la preparación de su pueblo para el gobierno propio, para la absoluta liberación del tutelaje, pues no es parte del territorio americano. Ese día, querida hermana, será Fiesta Nacional Cubana!

BAYAMO

Volvamos a nuestro relato del «Mensaje a García». Sin el más ligero peligro condujo el Teniente Fernández a Rowan hasta la ciudad de Bayamo donde se hallaba el mayor General en la casona del Sr. Don Lorenzo Soto, una de las mansiones bayamesas. Es de advertir, que Rowan en su éxodo por la Maestra, había conocido a algunos generales que por su indumentaria en poco se diferenciaban de la pobre vestimenta de sus soldados. ¡Qué distinto el deslumbrante Estado Mayor del General García!... La mayoría, no solamente eran jóvenes de la mejor sociedad y cultura, que hablaban correcto inglés, y sobre todo, muy acicalados, de porte marcial, con sus estrellas según el grado y correctamente vestidos de militar con trajes de verano, lustrosas polainas y buenos zapatos. Después de tres años de manigua disfrutaban las bienandanzas de un pueblo!... hacía solo tres días estaban en Bayamo!... y esa noche tenían gran baile de gala en honor de la ciudad!...

El complemento a esta sorpresa la tuvo el Teniente Rowan al serle presentado el General Calixto García, el que tenía fama de apuesto y arrogante porte militar. De modo que no pudo contenerse el americano y dijo a Fernández: «¡Teniente, este sí parece un General!»... Pero no sólo era una arrogante figura, sino que era un gran carácter y un gran militar, sobresaliendo en las dos guerras por su brillantez como estratega. Nuestro gran Calixto García íñiguez, tenía el sello del heroísmo estampado en su amplia frente. Fue el soldado que pretendió inmolarsse por su propia mano, antes de ser prisionero de guerra, allá en los Campos de San Antonio de Baja, en la Odisea del 68!... Así fueron aquellos inmortales mambises!... Honor a su grandeza!...

El día 28 de abril de 1898 había entrado Calixto García en Bayamo. El día 1ro. de mayo llegó el comisionado americano Teniente Andrew S. Rowan y el día anterior había sabido García la noticia de la Declaración de Guerra a España, el 23 de abril. En vista de la noticia y de la visita del comisionado por el Secretario de la Guerra de los Es-

tados Unidos, que quería saber si el ejército americano podía contar con la cooperación del ejército cubano si declaraban la guerra a España. El General García no tenía instrucciones del gobierno cubano a ese respecto tan trascendental y decidió hacer regresar al Teniente Rowan a Washington, acompañado por una comisión, presidida por el General Enrique Collazo, para que consultara el propósito americano con nuestro representante en New York, Don Tomás Estrada Palma. Hay que hacer constar, sin intolerable suspicacia que el General García no podía hacer cosa más acertada que redespachar al enviado Rowan a Norte América, sin pérdida de tiempo, pues ya estaba declarada la guerra a España por Estados Unidos. El teniente americano había cumplido su misión a plenitud, entrevistándose con el General García y no podía aceptar se le llevara ante el Consejo de Gobierno en Camagüey y a través de la manigua, sin segura posibilidad de regreso a Estados Unidos. No era su misión. Además, el General García que estaba en relación más directa con la emigración de donde obtenía noticias, conocía mejor que el Consejo la inminente declaración de guerra y por tal causa había pedido al Gobierno su traslado a Tunas que estaba en manos mambisas, para estar más en relación con los acontecimientos próximos y lo perentorio de una Asamblea de Representantes para cuando llegaran las condiciones de concertar la paz. Cuando llegó el momento de actuar como la del mensajero Rowan y la declaración de guerra y desembarco del ejército americano, el gobierno se hallaba a una semana de distancia de los acontecimientos, bien previstos por García, y cada jefe actuó según su leal saber y entender. La comisión cubana que acompañaba a Rowan no llevaba a Washington más instrucciones que la de entrevistarse con nuestro representante oficial, Delegado Don Tomás Estrada Palma, autorizado como tal por nuestro Gobierno. El General García cumplió a plenitud, lo que en su deber de jefe era de esperarse, sin sombra de agravios para instituciones o patriotas. Como ya estaba declarada la guerra y era urgente proceder, se dirigió al Gobierno cubano, diciéndole: que mientras el gobierno decidiera y ordenara, él había dado órdenes de apoyo a las fuerzas americanas. ¡Qué lejos estaba nuestro Gran General, de pensar que sus entusiasmos patrióticos y de cooperación, serían pagados con la bota yankee y no con la diestra amiga!... A ese bravo Paladín de la Libertad, debe el ejército mambí y el pueblo cubano su protesta airada, plena de dignidad y orgullo cuando la toma de Santiago de Cuba, en que, por mandato del Gobierno de Washington «se prohibía al ejército libertador cubano penetrar en la rendida ciudad de Santiago

de Cuba» ¡Los valientes mambises que tan heroicamente pelearon al lado americano, en la toma de Santiago, fueron tratados como hordas indisciplinadas que no eran dignas de disfrutar del triunfo, que ellos también alcanzaron sacrificando vidas y dando su sangre heroica. Ese fue el bofetón bestial que propinó el gobierno de Mac Kinley a sus-' bravos y sinceros aliados. Parece que ello fue pedido por el gobierno de España al americano, por temor a represalias del pueblo, que por ellos había sido tratado con despotismo y crueldad.

Mientras el Consejo de Gobierno Cubano ordenaba a nuestro ejército que cooperaran con las tropas americanas, orden del 12 de mayo de 1898. El 13 de agosto Don Tomás Estrada Palma ordenaba se aceptase al Armisticio entre España y Estados Unidos como misión completa de nuestra representación. También se firmó la Paz sin intervención cubana, quedando de hecho el pueblo a merced incondicional del gobierno americano. Con tacto previsorio, para evitar esas consecuencias, el General Calixto García se había dirigido al Consejo de Gobierno en 18 de abril de 1898 expresándoles: «que siendo inminente y segura la guerra entre Estados Unidos y España, era urgente prevenirse y organizarse para que al momento del conflicto, encontraran un gobierno bien organizado para que éste fuera el que discutiera sobre el presente y porvenir de la guerra de Cuba contra España y la ayuda que en la lucha de Estados Unidos con España prestaría nuestro gobierno con su ejército valiente y aguerrido». Desgraciadamente nada se hizo y los americanos encontraron acéfala de gobierno la revolución y actuaron en todo por propia determinación, sin previa consulta o participación de sus aliados. Y menos mal, que a esia fecha sin graves tropiezos a nuestra libertad, nos hemos borrado la enmienda constitucional que tanto deprimía la ciudadanía: La Enmienda Platt...

Volviendo al «Mensaje a García», queremos consignar que no pudo^ ser más fácil el cometido del enviado. Sin embargo, se explotó mucho' por la Prensa Americana esa incursión a tierras mambisas, como heroicidad digna de aquellos relatos que nos encantan en los poemas de la Iliada o la Odisea! El relato de su proeza se tradujo a todos los idiomas como si a Rowan lo hubiesen enviado a conquistar el Vellochino de Oro o remitido al centro africano o al Polo Sur. No es de extrañarse, pues en aquella época muy pocos americanos sabían donde se hallaba Cuba; porque aún hoy, fuera de la costa atlántica cercana, pocos saben donde nos hallamos y abren tamaños ojos si les decimos que estamos

a una hora de vucio de sus costas. En realidad, lo que quiso significarse con esa propaganda fue rendir homenaje a un hombre que supo cumplir con su deber, a un hombre de acción, un carácter; nadie duda, que si Cuba hubiese estado situada en la costa de China, allá hubiera acudido Rowan en el barquichuelo de Gervasio, con la misma flema, con el mismo hermetismo, que diera pruebas al pasar por la mambisería cubana. Rendimos honor al deber y al coraje. De haber caído en manos españolas hubiera seguido tan mudo como lo estimó el asistente de Fernandez, y sin un titubeo, erguido y correcto, hubiera afrontado el piquete de fusilamiento. Honor, pues, a quien honor merece.

EL CABALLO «GUATAQUITA»

Ya que hemos hablado del Teniente Abanderado Eugenio Fernández, como uno de los protagonistas más destacados, en esta relación de hechos históricos de la Guerra del 95, quiero recordarle su caballo de batalla, al compañero noble y fiel, al mejor amigo del mambí, su caballo «Gua-taquita». Nuestras revoluciones descansaron sobre la base de una trilogía, que hicieron una unidad de combate: mambí, caballo y machete. La Gran Batalla de los Noventa Días, la Invasión, fue el hecho cumbre de esa trilogía, de esa unidad. «Guataquita» era un criollito de seis cuartas y media, color dorado brillante, ojos vivos e inquietos, guataca menuda de puntas negras siempre enhiestas y acuciosas, remos muy finos, cascós acerados, corto para su talla. Al sentir el jinete sobre sus lomos, se crecía, poniéndose inquieto y cosquilloso, escarbando con sus remos pidiendo brida al jinete. No toleraba acicate, a toda brida volaba cercas y setos, cañadas y obstáculos. Antes muertos que cansados, es el adagio para nuestros caballitos, dignos descendientes de los árabes, berberiscos o cordobeses que importó España a sus colonias. Más de una vez salvó la vida el Teniente Fernández gracias a la viveza de su caballo. Recuerdo uno de los tantos episodios. Una tarde, iba solo de El Chino a La Gloria, casi seguro a ver una novia, y en Arroyo que Corre, arroyo sabanero llevaba la pierna cruzada sobre el moño de la montura, leyendo una carta. El caballo se azora y dobla grupas sin intervenir el jinete, que sólo alcanza a ver fugazmente movimiento de hombres, unos apuntando con los rifles y otros montando sus caballos. Es una guerrilla emboscada, que espera mansamente que se les entregue el entretenido jinete. Suenan descarga y tropel de caballos; pero «Gua-

taquita» adquiere alas poniendo barriga, al suelo, salvando una vez más al amigo hombre que le cuida y lo acaricia.

Quizás no sepa aún Eugenio, cómo murió su fiel caballo. Amigos culpables ocultamos el hecho para evitarle dolor de alma. Eugenio en la Paz, no usó más su caballo. Suelto en un potrero de Macaca con la orden expresa que no se usara, pero allá por el 1918 faltando un caballo para una caravana de jóvenes y bellas damiselas, furtivamente embriamos a «Guataquita» y una linda amazona pasó un día en sus lomos, orgullosa de la fiereza de su jaca. Al rendir la jornada, en el último minuto, como última ofrenda, «Guataquita» cayó desplomado sin ura hálito de vida.

En tu caballo, querido Eugenio, quiero rendir homenaje a todos los caballos de la mambisería que fueron compañeros fieles y valientes de nuestros hombres de guerra. No sé si tenemos algún monumento en nuestra tierra al caballo Mambí; si no lo tenemos, bien que merece tenerlo porque sin él, precaria hubiese sido la suerte de la revolución y no hubiesen escrito Maceo y Gómez las páginas de la Invasión.

CONTEN ANDO AL HERMANO LEÓN

Hace unos años en la revista de la Congregación de los Hermanos de La Salle, el profesor José Silvestre Sanget, Hermano León, de dicha Congregación, ilustre hombre de ciencias y gran investigador a quien debe nuestro país señalados servicios, publicó un artículo titulado: Contestación del «Mensaje a García», donde afirma categóricamente: «que Rowan no desembarcó por Ensenada de Mora, sino por las faldas de! Turquino, posiblemente en El Dean, porque así lo afirmó Rowan y que ello no puede compaginarse con la opinión de los que pretenden que Rowan desembarcó en Ensenada de Mora a 60 kilómetros al oeste del Turquino».

Lamentamos tener que disentir de opinión tan autorizada y respetable, pero los hechos en contrario son incontrovertibles, aunque lo afirmara Rowan, que nada conocía de nuestro país, ni hablaba nuestro idioma y tan parco en hablar el suyo, que los compañeros de éxodo por la Maestra le apodaron: «El perico mudo».

Su carácter de soldado en servicio, en comisión peligrosa y secreta, en país extraño: le hacía más parco de palabra. Y si dijo que por Turquino desembarcó, sería estimando que esta cordillera se llamaba de Tur-

quino, que es, casualmente, como le decimos nosotros en esta costa. Si Rowan señaló a un mambí una loma y preguntó: ¿Turquino? éste, cazarmente le contestaría: *yes* con la cabeza. Además, de haber desembarcado por Turquino o lugar aledaño, hubiese necesitado no menos »le tres días para tomar el camino del Cuartel General de El Chino y eso dejando los zapatos en la ruta. Yo que llevo mas de treinta años correteando la Maestra, a pie y a caballo, nunca he hecho ese camino de Ensenada de Mora a Turquino, en menos de un día y medio, en magníficos caballos andariegos de la montaña. Son 60 kilómetros de: arenasles, mu- caralcs y montañas. Si son malos caminos hoy, que están abiertos y arreglados los malos pasos ¿cómo serían los del 95?... No cabe duda: el americano desembarcó por Ensenada de Mora.

No debe extrañarnos que haya dudas en este hecho histórico a causa de que oficialmente no se hacen investigaciones para estos trascendentales episodios de nuestra historia. Valga la Academia de la Historia, que sin ayuda de nuestros gobiernos, ha fijado con pruebas muchos de estos jalones de la epopeya. Sin ir muy lejos, en nuestros mapas se fijaba con dos sables cruzados a San Lorenzo, donde cayera el Padre de la Patria en las faldas del Turquino y yo, acompañado de mis queridos amigos Nemesio Lavié, gran patriota y atildado ciudadano, hoy académico de la Historia y, del ilustre desaparecido Dr. César Sáez, y de otros amigos partimos de Manzanillo a fijar para la posteridad el lugar exacto en que cayera el Padre de la Patria, y lo hicimos: a orillas del río Contra maestre, a 50 kilómetros del Pico Turquino!... Así se aúnan en el error la geografía y la historia. Menos mal, que el gran patriota e historiador y excelente buen amigo Don Gerardo Castellanos, siendo presidente de la Academia, vino a verme para que lo llevara a San Lorenzo por Ensenada de Mora. Cuál no sería su asombro cuando le indiqué que lo práctico era ir a Santiago de Cuba para en una lancha trasladarnos a Río Seco para tomar allí caballos, subir la Maestra y llegar a orillas del Contra maestre que es donde positivamente se encuentra San Lorenzo! Hombre valiente este viejo y bondadoso Don Gerardo, ¡con mar gruesa fuimos en una lancha a Aserradero y de allí a San Lorenzo en caballos trotones de la Guardia Rural! ¿No recuerda con agrado mi amigo Don Gerardo, que se decía un centauro, cabalgando al lomo del 321? De allí surgió su gran obra «En busca de San Lorenzo», que la Patria, la Academia y todos los cubanos debemos estarle agradecidos. Esto de Rowan es cosa semejante a aquello de San Lorenzo.

No nos resta más que afirmar categóricamente, sin lugar a dudas, que fue aquí en Ensenada de Mora donde desembarcó el Teniente Andrew S. Rowan, por que nunca Gervasio Sabio desembarcó en otro lugar y por que precisamente vive aún Goyito Carnet, uno de los marineros de Gervasio que vino con Rowan y el cual ostenta medalla de oro en conmemoración de este hecho. Que vive también como mejor testigo el Teniente Abanderado de nuestro Ejército Libertador Eugenio Fernández Barrot, que fue el acompañante de Rowan desde Ensenada de Mora hasta Bayamo. Que fue este oficial el hombre que más días pasó junto al americano y el que más habló con él en su viaje desde Washington a Cuba. Es más, existen aún los testigos presenciales de la llegada de Rowan a estas playas y que ayudaron a desalojar el bote de sus pertenencias. Los testigos presenciales que aún viven son: el Comandante Toscano, Jefe de la primera y segunda Compañía de Vicana, perteneciente al Escuadrón de Guá, y Jefe del Campamento de Piloncito en esta Ensenada. Los soldados José Labrada y Pedro Martí, correos oficiales de Piloncito a El Chino para correspondencia oficial al extranjero. Los Sargentos: Juan Torres y Daniel Rodríguez. El Sargento Juan Torres una de las veces que el cañonero español La Gaviota, pasaba bien cerca de los acantilados de la costa de la boca del río Toro, escondido en una de las pequeñas cuevas del acantilado tiró con la tercerola al cañonero, derribando un marinero. El cañonero moderó su marcha y con un cañón tiró varias veces sobre la oquedad, uno de los proyectiles derribó una porción de roca que dió en la cabeza de Torres, hiriéndole gravemente, conservando extensa cicatriz. Después de la guerra, un amigo, buscando en el lugar, encontró empotrada en la pequeña cueva, una bala de cañón redonda, que obra en mi poder y pesa 3 libras. Los soldados Anastasio Torres, lisiado del brazo izquierdo por dos heridas de balas peleando con la guerrilla de O’Ryan en el desembarcadero de esta Ensenada. Eladio Flores, Jesús Ramírez (Chucho), Santiago Fuentes, Jesús Sánchez, Crescencio Torres y otros más fuera de esta jurisdicción. Jefes y Oficiales del campamento El Chino que aún viven en Manzanillo y vieron a Rowan: Coronel Enrique Céspedes, sobrino del gran Carlos Manuel, Comandante Tirado (puertorriqueño ilustre), los hermanos Ríos, oficiales de alta graduación, hijos del General Ríos y otra pléyade de viejos jefes mambises que dan fe como actores, de la veracidad de los hechos aquí relatados.

Por todo lo expuesto, podemos deducir la importancia que tuvo para la revolución en Oriente 1? Ensenada de Mora como correo de la

revolución. Si es verdad que por el Norte se hicieron excursiones a las Bahamas, Santo Domingo y a Haití, la estafeta de correos siempre abierta para comunicarse con Jamaica fue por esta Ensenada, nunca por ningunx> otro lugar.

Y para que perdure el hecho, quedando escrito en página Monumental, va a levantarse un monumento al «Correo Mambí», donde a más de los atributos propios del correo estará esculpido en bronce el bote «El Mambí» con Gervasio, Rowan, Carnet y El Venezolano, como uno de los hechos trascendentales de la historia cubana en la Revolución del 24 de Febrero. Este folleto se extrae, para su publicación del primer Jalón Histórico de que se compone un libro que algún día se editará, llevando por título: «Jalones Históricos de Oriente» con el fin de recabar fondos para un monumento a Antonio Maceo en Media Luna, donde hace años están expuestas en el Centro de Veteranos dos grandes placas en bronce, una grabada con la Isla de Cuba con la Ruta de la Invasión y la otra Un Medallón de Maceo entre Ramos de Laureles, las que fueron fundidas en el Central Isabel de Media Luna, no con bronce artístico, sino con rudo bronce industrial, para significar: que este Coloso Americano no puede fundirse con aleaciones, sino en bronce puro, como pura y fuerte fue el alma del guerrero inmortal!...

El «Correo Mambí» tendrá su monumento, sin necesidad del libro, gracias a la dadivosidad de un hombre que quiere dejar como recuerdo de su paso por esta Ensenada una obra que perdure para la historia y para la patria; aun cuando todas las riquezas de estas tierras desaparecieran o cambiaran en el devenir del tiempo. El Sr. Julio Lobo quiere se haga un Monumento costeándolo de su peculio particular y también este folleto, como prueba fehaciente que fue esta Ensenada la Estafeta de la Revolución y lugar donde desembarcara el Mensajero a García.

Ya que nuestros gobiernos han sido indiferentes a señalar con monumentos las grandezas históricas que encierra la patria, demos gracias con devoción a estos hombres desprendidos que saben honrar los lugares de que son poseedores, perpetuando en bronce o mármol, los hechos cumbres de un pueblo que valientemente forjó su Libertad.